

Los Intocables 27 VIII 81 Confirmaciones

Por JOSE LUIS MEJIAS

Los diarios son el segundo de la historia, aunque suelen caer en manos sucias, torpes y venales.

G. K. Chesterton

A las 7 de la mañana del pasado miércoles 29 de julio, Ricardo Ancona, gerente general del Grupo Vid—editor de las revistas Lágrimas y Risas y Memín Pinguín, entre otras 21 cuya única finalidad es el lucro—, se comunicó telefónicamente con Juan Garzón Bates, director a la sazón del diario **El Figaro**, para informarle que era urgente su presencia en las oficinas de la empresa.

En la Torre Vid, un edificio de veintitantos pisos en el que tiene asiento un verdadero imperio empresarial—**Hotelería Kristal, Editorial**

Argumentos, financieras, fiduciarias, administradoras de ranchos, etcétera; todo propiedad del matrimonio de la Parra—, Garzón Bates recibió el anuncio de que estaba cesado como director de **El Figaro** y de que no tenía derecho a ningún tipo de liquidación. "Se ha portado usted mal", le dijo Ricardo Ancona, para en seguida advertirle que no pusiera un pie en las oficinas del diario, ya que un nuevo director se había hecho cargo de la situación.

A José Luis López Martínez, secretario general del sindicato de **El Figaro**—en proceso de registro—, también lo citaron para notificarle su despido. A él si le permitieron entrar en las oficinas del diario, si bien únicamente a recoger sus pertenencias y acompañado de dos pistoleros y de un abogado, que le impidieron hablar con sus compañeros de trabajo. Y el jefe de información Velázquez Monroy, pudo también entrar en las oficinas. La puerta le fue abierta por cuatro pistoleros desconocidos para él, que consultaron una lista y lo dejaron entrar bajo la consigna de que subiera a hablar con Carlos Moyers, quien le comunicó que había ya un nuevo director. "Usted ni se mueva, porque en la Torre saben ya que es incondicional de Garzón y parece que ahora mismo habrá una purga", le dijo.

La redacción se mantuvo cerrada y los pistoleros sólo dejaban entrar a las personas autorizadas por Carlos Moyers. A las 5 de la tarde empezaron a llegar más pistoleros y en ese ambiente de tensión se presentó ante los jefes de sección Edmundo Bazán, el nuevo gerente del diario. Dijo que llegaba a organizar y negó saber si **El Figaro** se había vendido o no. Más tarde, Ricardo Ancona llegó para comunicar a todo el personal que Garzón Bates había renunciado a la dirección. "Por lo tanto, pedimos a ustedes su colaboración para sacar **El Figaro** adelante".

A las 10 de la noche, casi al cierre de la edición, hizo su aparición el ilustre Jorge Eduardo Pascual, alias Pascualón, el cavernícola entrenado por don Halconso que hasta hace poco se entretenía rompiéndoles las piernas con un bate de beisbol a los trabajadores del Metro que disientan del criterio empresarial. Pascualón citó inmediatamente a junta a los jefes de sección para comunicarles que, como apoderado de **El Figaro**—y en efecto, se apoderó de él—, y asesorado por Luis Capini, abogado del Grupo Vid, se haría cargo tanto de la administración como de la dirección del diario.

El 30 de julio, el flamante director empezó a lanzar órdenes y reglamentos a cual más descabellados, que afectaron al personal administrativo y de redacción, y esa misma noche, apoyado por cuatro pistoleros, el inclito cavernícola llamó al jefe de redacción, Edmundo Contreras Juárez, y le dijo: "La línea del periódico desde este momento debe ser derechista; no quiero que se critique de ninguna forma al Departamento del Distrito, a la Secretaría de Comercio, ni en general a ninguno de los secretarios presidenciables". Contreras comunicó inmediatamente la orden de Pascual a Velázquez Monroy—el jefe de información—, quien a su vez la transmitió a los reporteros, entre los cuales causó un gran malestar. Tanto así, que al día siguiente, 31 de julio, viernes, los periodistas tomaron la decisión de exigir que se les dejara trabajar en libertad y sin limitaciones, en las condiciones en que lo habían venido haciendo,

con innegable éxito financiero y de circulación.

Y así, 17 trabajadores entre jefes, reporteros, correctores, entraron en la dirección, a fin de exponerle a Pascual su manera de pensar. El troglodita espumó y tronó, pero moderó su respuesta en honor de sus aspiraciones de convertirse en el editorialista de **El Figaro**. "Aquí, el que manda soy yo, y no me van a asustar con sus amenazas", afirmó con modestia. Y seleccionando cuidadosamente su lenguaje, siguió: "Yo soy un hombre de muchos güevos y su sindicato me la fanfirulea. Este va a ser un periódico de derecha, y con o sin ustedes vamos a lograr un tiraje de 200,000 ejemplares". Se habló de una liquidación, y el inclito Pascual prometió resolver al día siguiente, con la condición de que siguieran trabajando los inconformes hasta cerrar la edición de ese día.

El sábado 1o. de agosto, una comisión de trabajadores se entrevistó con Pascual, y éste, rodeado de pistoleros y abogados, dijo textualmente: "Ayer dije que ustedes y su sindicato me la pelan, y díganle a Garzón—el derrocado director— que ni le mueva en los periódicos, porque le va a ir muy mal. Ya me enteré de que el lunes va a salir una entrevista en la revista **Proceso**".

Los trabajadores no fueron liquidados. Ese mismo día presentaron su renuncia en masa más de 50 colaboradores, en solidaridad con los periodistas y trabajadores que la empresa despedía sin indemnizarlos y sin pagarles siquiera las comisiones devengadas. Dos semanas más tarde, los tres Poderes de la Unión, con la asistencia del gabinete en pleno, conmemoraron el cincuentenario de la promulgación de la Ley Federal del Trabajo, y el secretario del ramo, Ojeda Paullada, señaló por enésima ocasión que "México no tiene más camino que la ley", un concepto noble, aunque debió apostillar que en la práctica resultan más efectivos los atajos ilegales, como el tomado por el cavernario Pascual, asesor del Departamento del Distrito Federal, entre otras cosas.

El golpe de Pascual no fue sorprendente. El pasado 9 de julio transcribimos aquí mismo (**Libertades**) la

parte medular de un memorándum que le había sido entregado al Presidente López Portillo el recién pasado Día de la Libertad de Prensa; memo en el que la gran mayoría de los trabajadores de **El Figaro**, organizados en un sindicato en proceso de registro solicitaban el apoyo presidencial para que les fuera reconocido su derecho al trabajo, ya que existían indicios acusados de que la empresa preparaba una agresión laboral, como preámbulo de la venta del diario. Por nuestra parte, informamos que el comprador más viable era el testafierro de "un grupo que representa los intereses más oscuros y funestos del país: Jorge Eduardo Pascual, precursor de los halcones, golpeador y verdugo de los trabajadores del Metro".

Todo ese periodo—20 días a partir del 9 de julio y 52 días a contar del Día de la Libertad de Prensa—no fue suficiente para que los trabajadores de **El Figaro** pudieran registrar su sindicato, tantos fueron los plazos y largas que recibió el caso; pero sí lo fue para que un halcón se apoderara de un diario mexicano y despidiera a 22 trabajadores pasando sobre sus derechos laborales. Y ha transcurrido ya casi un mes (escribimos esta nota el 24 de agosto) del atropello sin que las autoridades del trabajo se encaminen siquiera a ordenar la reposición de los despedidos o en su caso, su liquidación, al menos.

Por lo pronto **El Figaro** está ya sirviendo a los intereses de un fuerte grupo económico y político—¿82 para el 88?—, en el marco de la encarnizada lucha por la sucesión presidencial y ante la pasividad del Estado mexicano.

Execlision
27- Agosto
1981